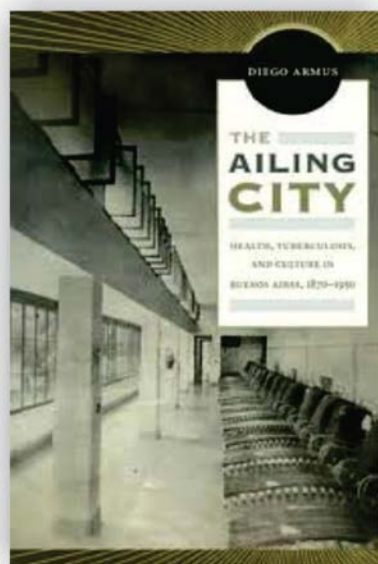


**Diego Armus, *The Ailing City Health, Tuberculosis, and Culture in Buenos Aires, 1870-1950*. Durham and London, Duke University Press, 2011, 418 páginas.**

**Por Adrián Cammarota**

(UNGS-IDES)



El libro indaga los modos en que la tuberculosis fue leída en la ciudad de Buenos Aires entre los años 1870 y 1950. Se aborda la prefiguración de una subcultura de la enfermedad nutrida de asociaciones y de metáforas que abarcaban la inmigración, la educación, el género, la vida familiar y el rol del Estado. Si bien la obra carece de una hipótesis general, en ella se hilvanan distintos relatos entroncados con la incidencia de la enfermedad en la vida cotidiana de las personas.

La compulsión documental es profusa y está nutrida de registros sanitarios, censos, periódicos nacionales, revistas médicas, textos periodísticos, ensayos académicos, prensa obrera e historia oral. El libro está dividido en diez capítulos

escritos con relativa independencia. Los dos primeros reconstruyen los tratamientos alternativos utilizados por los enfermos ante la incapacidad de la biomedicina para ofrecer una cura efectiva. Entre los años de 1870 y 1940, se hicieron populares los tónicos que prometían soluciones inmediatas, la injerencia de los curanderos y la propagación de la medicina hogareña.

El capítulo 3 aborda las estrategias de demandas y negociación que blandieron los enfermos, aceptando o confrontado las terapias descalificadas por el *establishment* médico. Según el autor, se esbozaron situaciones de hegemonía y de subversión, de control y de resistencia entre médicos y pacientes.

El capítulo 4 da cuenta de dos instituciones creadas por el Estado para enfrentar los avatares de la enfermedad: el Hospital Tornú en Buenos Aires y el Sanatorio Santa María en las sierras de Córdoba. Con el peronismo en el poder, el sistema hospitalario se extendió en el plano nacional, llevando a los rincones más alejados del terruño la atención sanitaria. Asimismo, el capítulo 5 describe los mecanismos utilizados por los educadores, políticos, médicos y funcionarios estatales para instituir los dispositivos pertinentes en su lucha contra la enfermedad.

El capítulo 6 nos introduce en el juego de representaciones esbozadas para determinar las causales de la enfermedad. Los “excesos” en la vida del individuo, como la alimentación, el trabajo, el alcoholismo y la sexualidad, suscitaban una serie de imágenes en las que se

retroalimentaban las creencias científicas y populares con un discurso moralista que excluía a todas aquellas conductas que se consideraban incorrectas y que ponían en jaque el orden social.

El capítulo 7 desbroza la relación entre raza, inmigración y tuberculosis. La preocupación por mejorar la tara hereditaria definió, según Armus, los contenidos de la cuestión racial en la Argentina. Los tipos de controles sanitarios aplicados al inmigrante formaban parte de esta ingeniería social, aunque muy pocos no lograron ingresar al país. Así, prevaleció una mirada estigmatizante sobre los grupos étnicos, supuestamente, más propensos a contraer la enfermedad (españoles y judíos).

El capítulo 8 se concentra en analizar la denominada “feminización de la tuberculosis”. La literatura, el cine, el teatro, las revistas, publicaciones médicas, poemas y letras de tango, aludieron a la tuberculosis en relación con lo femenino en tres niveles: la tuberculosa enferma “por pasión”, las mujeres enfermas como consecuencia de las largas jornadas laborales y las muchachas de barrio que “dan el mal paso”, transitaban la prostitución y terminaban tuberculosas.

El capítulo 9 analiza la relación entre niñez, educación física y tuberculosis. En la preocupación por cuidar la salud de los niños se tomaron tres iniciativas. La primera se sustentó en el sistema de colocación familiar, destinado a bebés e infantes. Las otras dos se centraban en la escuela con la práctica de la educación física, la incorporación de la gimnasia metodizada y respiratoria individual. Las colonias de vacaciones formaron el último eslabón de esta cadena cuyos contenidos fueron asistencialistas y de socialización.

Por último, el capítulo 10, nos conduce por los ensayos académicos y textos periodísticos que imaginaron el porvenir de la gran urbe. Desde 1870, médicos, higienistas, políticos, urbanistas y educadores impulsaron una agenda que reconocía en los parques y plazas un recurso a utilizar frente a los problemas acarreados por la urbanización.

En suma, Armus cumple con creces su objetivo: entablar una historia sociocultural de la salud y la enfermedad. La obra es un aporte sustantivo a la historiografía y trasciende los límites de “lo académico” para transformarse en un libro de consulta indispensable con miras a la divulgación histórica.